

Plata en el Monasterio de la Resurrección, de la Orden del Santo Sepulcro, de Zaragoza *

AMELIA LÓPEZ-YARTO ELIZALDE
Instituto de Historia, CCHS, CSIC, Madrid

Las Órdenes de Jerusalén, que tuvieron propiedades en todo occidente desde fechas muy próximas a su fundación, son muy poco conocidas en España sobre todo desde el punto de vista artístico, ya que los estudiosos han centrado su atención en las órdenes españolas.

El *Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro*, fundado en 1991, cuyos estatutos fueron aprobados por el Ministerio del Interior el 20 de septiembre de 1993 y con sede en Zaragoza, ha dado un gran impulso al conocimiento de esta Orden mediante la organización de congresos, conferencias, publicaciones, excursiones, etcétera. Mi relación con la Orden se estableció a través de este Centro con el que he colaborado en algunas de sus actividades.

LA ORDEN DEL SANTO SEPULCRO

Los Apóstoles y discípulos de Jesús guardaron memoria de los lugares en los que se había desarrollado su vida y , muy especialmente, de aquellos en los que había tenido lugar su Pasión y Muerte. A partir del Edicto de Milán, emitido por

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación *Arte y Órdenes Militares. Patrimonio de las órdenes de Jerusalén en España*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Secretaría de Estado de Investigación (MICINN, PN I+D+I, 2008-2011, Ref. HAR2008-00005/Arte).

el Emperador Constantino el año 313, por el que se daba libertad de culto a los cristianos, se inició la veneración pública de los Santos Lugares, sobre todo del Santo Sepulcro, gozosamente vacío, porque no sólo guardó el cuerpo muerto de Cristo durante tres días, sino también porque allí tuvo lugar su Resurrección.

Santa Elena, madre del Emperador, financió varios trabajos arqueológicos que dieron como fruto el hallazgo, el año 326, de la cruz en la que murió Cristo y consiguió que su hijo construyese una monumental iglesia para preservar el lugar donde había tenido lugar la Muerte y Resurrección del Señor ¹.

Entre los años 635 y 1071 la Tierra Santa estuvo en poder de los árabes, pasando las relaciones con los cristianos alternativamente por etapas de persecución y de convivencia pacífica. Pero, cuando toda esta zona geográfica fue conquistada por los turcos seleúcidas en 1071, la situación cambió, ya que éstos prohibieron las peregrinaciones y el culto en los Santos Lugares. Esto produjo una reacción en el mundo cristiano, fruto de la cual fue el llamamiento a la cristiandad por parte del Papa Urbano II en el concilio de Clermont en noviembre de 1095 para acudir a liberar la Tierra Santa.

La primera Cruzada se puso en marcha en 1096, consiguiendo conquistar Jerusalén el 15 de julio de 1099. El caudillo borgoñón Godofredo de Bouillon fue nombrado rey de Jerusalén el 15 de julio 1099, aunque, humildemente, tomó el título de «Defensor del Santo Sepulcro».

Se eligió como patriarca a Arnulfo Malecorne de Rohes con sede en la Basílica del Santo Sepulcro, el cual destinó a un grupo de canónigos para que se dedicasen a prestar servicio en ella. Estos canónigos tuvieron carácter secular, aunque vivían en una comunidad formada por veinte miembros. En 1122 Calixto II reformó la comunidad, poniéndola bajo la regla de San Agustín y, por lo tanto, con votos de pobreza –cada canónigo renunció a sus propiedades privadas–, castidad y obediencia y con un superior elegido por ellos mismos. Fueron ordenados sacerdotes y se les asignó oficialmente la misión de celebrar el culto divino y de acoger espiritualmente a los peregrinos.

Asimismo se señalaron rentas para su subsistencia lo que dio lugar a que recibieran importantes donaciones por parte de reyes, nobles y alto clero por lo que el cabildo tuvo, muy pronto, numerosas propiedades en Tierra Santa y en toda Europa. En una fecha tan temprana como 1128, cuando Honorio II confirmó las donaciones aceptadas por sus antecesores, éstas eran ya cuantiosas². Todas las propiedades estaban divididas en prioratos que, a su vez, controlaban numerosas encomiendas.

1 Entre las numerosísimas publicaciones sobre la Basílica del Santo Sepulcro, subrayo la última escrita hasta ahora, en la que se hace una magnífica síntesis de todos los avatares por los que ha pasado a través de los siglos, E. QUINT ANILLA MARTÍNEZ, *La Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén*. Zaragoza, 2004.

2 Este documento fue publicado por EQUIPO ENCOMIENDA, «Aproximación al registro documental de la Orden del Santo Sepulcro en los reinos de Castilla y León (siglos XII-XV)», en *I Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Calatayud-Zaragoza, 1991, p. 49 (doc. nº 59).

La relación de los canónigos de la Basílica del Santo Sepulcro con los cruzados fue siempre íntima y muy cordial. Aunque no era una orden militar, a veces participaban en las batallas llevando con ellos la Vera Cruz que les había sido encomendada, para estimular el valor de los soldados. En 1187 se perdió Jerusalén tomada por Saladino. Los canónigos huyeron a San Juan de Acre con toda la comunidad latina y en 1191 murió el prior en la defensa de esta ciudad perdiéndose con él el fragmento del Lignum Crucis en medio del desastre. Se les permitió volver al Santo Sepulcro, pero abandonaron Jerusalén definitivamente en 1244.

Se refugiaron en Perugia (Italia), estableciéndose la sede de la «*cabeza de toda la orden...*» en la iglesia de San Lucas de esta ciudad. A partir de este momento, su vida transcurría lánguidamente de manera que el papa Inocencio VIII decidió suprimir la *Orden Canonical del Santo Sepulcro* por medio de la bula *Cum soleris meditatione* emitida el 18 de marzo de 1489. En ella, además, se ordenaba que se integraran con todos sus bienes en la Orden de San Juan de Jerusalén, llamada también del Hospital y, posteriormente, de Malta. Aunque la comunidad de Perugia fue disuelta en 1506, algunas comunidades permanecieron vivas con todas sus encomiendas, como la de Calatayud (Zaragoza), por orden del papa Alejandro VI mediante una bula del 2 de diciembre de 1497, confirmada por León X el 28 de noviembre de 1513, gracias a la intervención de Fernando el Católico.

La Colegiata de Calatayud es la única casa de la orden canonical masculina de España que se conserva. El cabildo regular de Calatayud, fue abolido tras el Concordato de 1851 entre Isabel II y la Santa Sede. Tras muchas vicisitudes León XIII elevó el templo nuevamente a la dignidad de Colegiata con un pequeño cabildo bajo la presidencia de un prior -párroco elegido por el obispo de Tarazona, a cuya diócesis pertenece.

Los Santos Lugares pasaron a ser custodiados por los franciscanos en 1342.

EL MONASTERIO DE MONJAS CANONESAS DEL SANTO SEPULCRO DE ZARAGOZA

En los primeros años del siglo XIV se fundaron los dos únicos monasterios de religiosas del Santo Sepulcro que hubo en España. El de San Marcos de Calatayud, que tuvo una vida muy corta –desde 1305 hasta fines del siglo XIV–, y el de la Resurrección de Zaragoza que aun hoy día acoge una comunidad de canonesas regulares del Santo Sepulcro.

El monasterio zaragozano, más conocido por su tradicional advocación del Santo Sepulcro, se debe a la generosidad de doña Marquesa Gil de Rada, viuda de don Pedro Fernández de Híjar, hijo natural de Jaime I y primer Señor de Híjar, la cual, mediante escritura firmada el 10 noviembre 1300, se hizo «*freyra e sierva*» de la orden del Santo Sepulcro y a la vez decidió crear una comunidad de «*freyras*» para que vivan bajo la regla de esta orden. Donó un terreno en Híjar con un olivar, en el que había unas casas, para establecer un monasterio, además de otros terrenos

de cultivo de viñas y olivares, en el mismo término, para sustentarse con sus rentas. El nuevo monasterio fue puesto bajo la dirección del Prior del Santo Sepulcro de Aragón. Doña Marquesa vivió poco tiempo después de esto. El 28 de enero de 1304 hizo testamento y se supone que debió de morir poco después ya que fi gura como difunta en otro documento del 15 de marzo. En él se aprecia que las canonesas se estaban planteando la posibilidad de trasladarse a Zaragoza, a unas casas donadas por la propia Marquesa. Por fi n, tras la muerte de la fundadora, las monjas decidieron su traslado a la ciudad, lo cual debió de tener lugar entre marzo y junio de 1304. Su fundación canónica se hizo el 13 de mayo de 1306, comprometiéndose las monjas a guardar obediencia al prior de Calatayud.

El edificio se construyó a lo largo del siglo XIV, sobre todo en la segunda mitad, y siempre contó con la generosa ayuda económica de los reyes aragoneses, de los arzobispos de Zaragoza y de otras personalidades tanto eclesiásticas como seculares. Artísticamente se mezclan en él los estilos que predominaban en las distintas fases en las que se fueron haciendo reformas y añadidos, desde fragmentos de la muralla romana del siglo IV sobre la que se asentó la parte más antigua, hasta el neomudéjar de fi nales del XIX de su fachada. La parte más importante artísticamente es el claustro y las dependencias en torno a él, que forman un magnífi co conjunto mudéjar construido gracias a la generosidad de frey Martín de Alpartir , canónigo del Santo Sepulcro de Calatayud, Comendador de Nuévalos y Torralba (Zaragoza), tesorero de Lope Fernández de Luna, arzobispo de Zaragoza y el más generoso benefactor del Monasterio. El claustro estaba ya terminado en 1393 y el resto de salas lo estarían en torno a esa misma fecha. Fue declarado monumento nacional por real orden de 10 de agosto de 1893.

Cuando el cabildo de Calatayud fue abolido, las monjas del Monasterio de la Resurrección pasaron a depender del Arzobispo de Zaragoza, situación en la que se encuentran hoy día³.

3 Para esta síntesis de la Historia de la Orden del Santo Sepulcro y del Monasterio de la Resurrección ha sido muy útil el texto de W . RINCÓN GARCÍA y E. QUINT ANILLA MARTÍNEZ, *La Orden del Santo Sepulcro en España. 900 años de Historia*. Zaragoza, 1999, pp. 19-45. También han sido importantes, entre otras, las siguientes publicaciones: W . RINCÓN GARCÍA, «Patronazgo real y eclesiástico para el Monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza». *Seminario de Arte Aragonés XXXIII* (1981), pp. 209-216. W . RINCÓN GARCÍA, *La Orden del Santo Sepulcro en Aragón*. Zaragoza, 1982. G. MAR TÍNEZ DÍEZ, *La Orden y los caballeros del Santo Sepulcro en la corona de Castilla*. Burgos, 1995. F. LÓPEZ RAJADEL, «La fundación del monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza», en *II Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Zaragoza, 1996, pp. 203-219. W . RINCÓN GARCÍA, «El Monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza. Iconografía de un monumento zaragozano», en *III Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Zaragoza, 2000, pp. 241-252. W . RINCÓN GARCÍA, «El Monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza: el edificio medieval», en *IV Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Zaragoza, 2004, pp. 277-310.

PLATA EN EL MONASTERIO DE LA RESURRECCIÓN

El Monasterio guardó celosamente durante siglos su patrimonio artístico. El magnífico y conocido retablo de la Resurrección fue encargado por frey Martín Alpartir a Jaime Serra para presidir el altar de la capellanía que fundó en el Monasterio. El pintor le retrata presenciando la escena de la Resurrección y formando parte del grupo de los bienaventurados en el Juicio Final. Hoy se encuentra depositado en el Museo de Bellas Artes de Zaragoza. También era muy importante el conjunto del Entierro de Cristo, tema que no puede faltar en las iglesias de la Orden, que se veneraba en la cripta de la Sala Capitular, cuyas figuras de bulto redondo se pueden fechar en el primer tercio del siglo XVI y que hoy se encuentran dispersas por el monasterio. La figura de Cristo es la única que permanece en su primitivo emplazamiento⁴.

En cuanto a la plata, no parece que tuviera un número considerable de piezas en ningún momento. Es posible que tuviera sólo las que la Iglesia consideraba necesarias y algunas de ellas fruto de donaciones. Al menos eso se desprende de las visitas realizadas en la primera mitad del siglo XVI, cuando el Monasterio estaba en su momento de máximo esplendor. Siguiendo la norma que aparece en todas las Constituciones Sinodales diocesanas, el Monasterio era visitado periódicamente para controlar que la iglesia y los objetos de culto estuviesen en buenas condiciones y que se cumplieran las normas litúrgicas correspondientes. Generalmente, los visitantes eran personajes que conocían a fondo dichas constituciones, a menudo personas cultas, miembros del clero diocesano cercanos al obispo. Pero en el caso de las órdenes militares, eran los Maestres o Piores los que seleccionaban a estas personas que iban en su nombre. En el caso de la Orden del Santo Sepulcro, era el Prior de Calatayud, del que dependía el Monasterio, el que enviaba al visitador o lo visitaba él personalmente.

La visita más antigua de la que tenemos constancia documental, es la que llevó a cabo don Pedro Zapata, prior del Santo Sepulcro y Limosnero de La Seo de Zaragoza, el 15 de diciembre de 1515. En la descripción de los objetos de culto figuran algunas piezas de plata en diversos lugares del Monasterio. En *un tabernáculo pintado y dorado junto al altar mayor* de la capilla de la Resurrección, altar en el que estaba el retablo de Jaime Serra situado en la sala capitular, había una *caja de plata dorada con 13 formas* –sin duda una caja hostiaria típica del momento y anterior a los copones que se generalizarán a finales del siglo XVI– y *una cruz de plata con el pie como de custodia dentro una cruz del lignum domini de una parte y un crucifijo de relieve, en el pie y en el pomo doce esmaltes y encima una perla de cristal*. Quiero subrayar que al nudo o manzana de la cruz le llama «pomo», término que,

4 S. GARCÍA LASHERAS, «Imaginería medieval en el Monasterio de la Resurrección de Zaragoza», en *IV Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Zaragoza, 2004, pp. 320-327.

hasta ahora, no hemos encontrado en Castilla. En el dormitorio encontró varias arcas con los documentos más importantes y una de ellas con las *jocalias*, término equivalente a joyas, probablemente porque eran las piezas que ellas valoraban más y que correspondían al uso del Monasterio y no a ninguna capellanía como las anteriores. Había en ella *un incensario con su naveta, dos candeleros, un cáliz con su patena con seis esmaltes en el pomo y seis en el pie, un cáliz con su patena con las armas de los Foces y tres esmaltes en el pie, un cáliz con patena con los improperios de la Pasión y armas de los Espitales y un cáliz nuevo con la cruz del Sepulcro y las armas de Rada*. Pero la pieza más importante era *una cruz de plata dorada y esmaltada, pesante doce libras, la cual es de dos brazos con la figura de Dios Padre de la una parte con los cuatro Evangelistas y de la otra parte el crucifijo. Un pie de cruz dorado con cruces del sepulcro*. Se trata de una espléndida cruz procesional que, afortunadamente, se conserva⁵.

En la visita realizada por otro prior de Calatayud, Juan Zapata, el 20 de mayo de 1538 se citan las mismas obras, aunque el arca de las alhajas está ahora en el coro. Sólo se han añadido *dos vinajeras de plata*. El 20 de abril de 1551, vuelve Juan Zapata a visitar el monasterio del Santo Sepulcro, pero es imposible leer el documento debido a su mal estado⁶. Es una pena no tener más datos para ver cómo van añadiéndose piezas nuevas al tesoro del Monasterio y cómo van deshaciéndose otras a lo largo de los siglos. No parece que el número de objetos litúrgicos del Monasterio creciera espectacularmente en ningún momento. Como en todos los lugares de culto, las piezas que se estropeaban se sustituían por otras nuevas o se añadían aquellas que se necesitaban en virtud de novedades introducidas en la liturgia.

Durante la Guerra de la Independencia el Monasterio de la Resurrección se salvó de ser destruido, pero fue sometido al pillaje acostumbrado por parte del ejército francés. En el primer sitio –15 junio-13 agosto de 1808– la zona en la que está situado el Monasterio no sufrió apenas, ya que los combates tuvieron lugar en el otro extremo de la ciudad, e incluso las monjas del Sepulcro dieron asilo a las carmelitas descalzas de la Encarnación, cuyo convento estaba cercano a la puerta del Carmen donde se dieron los combates más virulentos.

En el segundo sitio –21 diciembre 1808-20 febrero 1809– los franceses avanzaron en su conquista de la ciudad, llegando a la calle del Sepulcro, donde está ubicado el Monasterio, por lo que las religiosas tuvieron que huir. El Monasterio del Santo Sepulcro se salvó casi íntegramente de la destrucción que afectó a otros conventos de la ciudad y fue utilizado como acuartelamiento de las tropas napoleónicas. No

5 El documento de la visita se conserva en el Archivo Histórico Nacional (A.H.N.) en la sección Órdenes Militares (OO.MM.), Consejo, Legajo 8601, donde lo consultamos nosotros, y fue transcrito por M.C. GARCÍA ALBARES, «El Monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza en 1515, según la visita prioral de don Pedro Zapata», en *II Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Zaragoza, 1996, pp. 224-230.

6 Todas las visitas en A.H.N. OO.MM. Consejo, Legajo 8601.

así la parroquia de San Nicolás, aneja a él, que quedó muy dañada por los bombardeos⁷. No hay constancia documental de las piezas de plata que pudieron perderse. Es muy posible que las salvaran las canonesas cuando huyeron ante la proximidad de los franceses.

Estudiamos hoy las más importantes que se conservan. Sobresale entre todas ellas la **cruz procesional** de plata totalmente dorada y considerable tamaño, pieza típica del gótico catalano-aragonés de los siglos XIV y XV y que durará hasta bien entrado el siglo XVI. Es obra zaragozana de mediados del siglo XV⁸.

Las demás piezas son más sencillas pero de calidad exquisita. La **cruz de altar renacentista**⁹ (lám. 1) es patada, de doble travesaño, con las extremidades de sus cuatro brazos convexas. Una fina moldura recorre el borde de ambos lados de cada uno de sus brazos y se enrolla en una pequeña espiral en su parte externa. Otra, en forma de ce con las puntas también enrolladas, se amolda en los extremos cóncavos. El Cristo está muerto colgando de la cruz con la cabeza caída. Este tipo de cruz de doble travesaño, sin la figura de Cristo y generalmente de brazos rectos, es la insignia de los canónigos y canonesas del Santo Sepulcro. En el Monasterio zaragozano está representada en diversas zonas, con pequeñas variantes en su perfil. La más parecida a ésta es la que centra un escudo que hay sobre el torno, junto a la antigua entrada principal.

En cuanto al pie en la que se apoya, es hexagonal, con amplia pestaña saliente lisa, y dos cuerpos convexos de tamaño decreciente, separados por otra pestaña lisa, decorados con motivos renacentistas. Esta cruz no tiene marcas. Esto y su original perfil hacen difícil precisar su origen, aunque lo más probable es que se trate de algún buen taller local.

Merece especial atención un **jarro con su palangana** (lám. 2)¹⁰. El jarro pertenece al tipo de los conocidos como «de pico», con pie liso, cuello muy corto y cuerpo casi cilíndrico, redondeado en su base y decorado con ces bruñidas terminadas en formas vegetales, dispuestas en torno a un eje central, cuyo interior está cubierto por picado de lustre. Sobre el pico, un espejo ovalado con la cruz patriarcal y figuras geométricas y tarjas. El asa tiene forma de ce con apéndices. En el interior del pie la marca, en malas condiciones pero fácilmente reconocible, es la de Zaragoza –rectángulo con león rampante y CES en letras góticas– que Esteban Lorente fecha

7 J.R. VILLANUEVA HERRERO, «Espacio sagrado en tiempo de guerra: los efectos de los sitios de Zaragoza sobre la iglesia de San Nicolás de Bari y El Monasterio de la Resurrección o del Santo Sepulcro (1808-1809)», en *III Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Zaragoza, 2000, pp. 89-102.

8 La cruz estudiada anteriormente por A. LÓPEZ-YARTO ELZALDE, «Orfebrería de la Orden del Santo Sepulcro: cruces procesionales y cruces relicario», en *II Jornadas de Estudio. La Orden del Santo Sepulcro*. Zaragoza, 1996, pp. 328-330.

9 15 x 8 cm. Plata en su color cincelada, grabada, bruñida y fundida.

10 14'2 x 10 x 6 cm. el jarro. 3 x 24 la palangana. Plata sobredorada, torneada, cincelada, grabada y bruñida.



LÁMINA 1. Cruz de altar (siglo XVI). Monasterio de la Resurrección, Zaragoza.

entre 1572 y 1687¹¹. La palangana, es circular. La orilla, bordeada por una moldura sogueada, tiene la misma decoración que el jarro: ces bruñidas sobre picado de lustre, a las que hay que añadir cuatro óvalos en cuyo interior hay pájaros poco realistas, estilizados y muy parecidos a los «pardelots» que decoran numerosas piezas de cerámica de reflejo metálico hechas en la Corona de Aragón. El campo es liso y en el asiento, levantado, se repite el sogueado, las ces y un pájaro que ocupa el centro.

¹¹ J.F. ESTÉBAN LORENTE, *La platería de Zaragoza en los siglos XVII y XVIII*. Zaragoza, 1981, T. II, pp. 13-14.



LÁMINA 2. Jarra con palangana (primer tercio del siglo XVII). Monasterio de la Resurrección, Zaragoza.

Tiene burilada y la misma marca de Zaragoza que el jarro, pero bien estampada, en la orilla. Están en perfecto estado de conservación y, por su estilo y decoración, habría que fecharlas en el primer cuarto del siglo XVII. Su tamaño es más pequeño de lo que es normal en este tipo de piezas, ya que, aunque hay excepciones conocidas, suelen medir entre 19 y 21 cm.

En 1979 se expuso en la sala Daedalus de Barcelona una pieza a la que en el catálogo llaman «Fruitera», que es exactamente igual a la palangana aquí estudiada y con la misma marca. De tal manera es igual, que podría pensarse que se trata de la misma pieza si no fuera porque la de las canonesas nunca salió del monasterio y,



LÁMINA 3. Cruz relicario del *Lignum Crucis*. Monasterio de la Resurrección, Zaragoza.

además, la exhibida en la ciudad catalana tiene una segunda marca muy pequeña que corresponde a la utilizada entre 1868 y 1901 en Austria para las piezas importadas, lo cual hace sospechar a las autoras del catálogo que se llevó a éste país y volvió con posterioridad a España ¹². Las piezas son de gran belleza por su equilibrada estructura y sencilla pero cuidada decoración en la que hay que señalar como dato curioso la presencia del «pardelot» fuera de una pieza de cerámica, único caso conocido por mí.

12 [M.T. MALDONADO NIETO y A. MONTUENGA BARREIRA], *Daedalus. Plata Española des del segle XV al XIX*. Barcelona, 1979, p. 28.

Hay otra **cruz de altar** que es, en realidad, un **relicario del Lignum Crucis**¹³ (lám. 3) y que fue donación de un particular, tal y como consta en la inscripción grabada en letras mayúsculas en el borde vertical del pie: «A devⁿ i expen^s de vn devoto para la ygle^a parroq^l de sⁿ nicolas de bari de Zaragoza ano de 1777» y en otro borde vertical del inicio del vástago «a esmero y sollicitvd del vicario de dicha parroquia dⁿ Mig^{el} sanc^z». Como se ha dicho más arriba, la parroquia de San Nicolás pasó a depender del Monasterio de la Resurrección en fechas tempranas.

El pie es ovalado de perfil sinuoso, borde vertical con la inscripción arriba indicada y las marcas de las que luego hablaremos, sobre el que hay una zona de perfil convexo y una elevación cóncava — ambas estriadas. Sobre él, el vástago en forma de jarrón. La cruz arranca de un ramo de hojas o una flor y tiene los brazos rectos con decoración vegetal grabada con pequeños puntos y terminación también recta. Los tres extremos tienen una cartela aplicada con un espejo, bolitas y un remate vegetal. En los ángulos del cuadrón hay haces de rayos troquelados. En el anverso está Cristo agonizante muy estilizado y en el reverso una teca circular con la sagrada reliquia.

La base de las cruces de altar suelen ser, por estas fechas, más complicadas. Lo más corriente es que tengan forma triangular, de tradición renacentista, sobre garras o bolas y los laterales bastante elevados con perfiles complicados y rica decoración barroca. Así pues ésta, más sencilla, es un caso no único, ya que se conocen otras piezas parecidas, pero sí poco frecuente. La cruz, sin embargo, aunque muy sencilla, se corresponde mejor con el año en que fue hecha.

Está marcada por dos punzones: el de la ciudad CESATE, con la t y la e unidas, entre dos castillos y el del platero mal estampada, pues falta parte GOICOEC... La de Zaragoza la fecha Esteban Lorente entre 1770 y final del siglo, aunque con un castillo solo. Puede ser una variante que indique cambio de marcador. En cuanto al autor, se trata sin duda de Andrés Goicoechea, vecino de Zaragoza, a quien la iglesia de Nuestra Señora del Portillo entrega, en 1776, plata en desuso para arreglar una lámpara vieja y hacer una nueva. Por esta última cobra 54 libras, 17 sueldos y 15 dineros, a razón de 6 sueldos por onza labrada¹⁴.

La **naveta** del Monasterio¹⁵ (lám. 4) es una muestra de transición entre el barroco y el neoclasicismo. La estructura, en la que destaca la popa elevada y enroscada en espiral, y la cubierta, practicable mediante una charnela, con la superficie sinuosa en la que hay una tarja con la cruz de doble travesaño, así como el fondo de la superficie del casco cubierta en parte por escamas y pequeños motivos de rocalla, son barrocos. Sin embargo las hojas del pie y el vástago, así como la guirnalda y la rosa del casco de la nao nos hablan de nuevos aires en la decoración. Esta mezcla

13 44 x 21 cm.; 17 x 14'5 cm. la base. Plata en su color, sobredorada en algunas partes, torneada, grabada, relevada, bruñida y fundida.

14 J.F. ESTÉBAN LORENTE, ob. cit. T. I, p. 19 y T. II, p. 125.

15 18 x 19 x 8'5 cm. Plata en su color, torneada, grabada y cincelada.



LÁMINA 4. *Naveta (primeros años del siglo XIX). Monasterio de la Resurrección, Zaragoza.*

de estilos en un momento de evolución, no siempre aceptada por los clientes, y que da a las piezas un aire arcaizante, aparece también en otros puntos de España. Por poner un ejemplo, en colección privada madrileña se conserva una naveta hecha en Sevilla entre 1813 y 1825 que presenta grandes semejanzas con la de Zaragoza ¹⁶.

Esta pieza habría que fecharla en los últimos años del siglo XVIII. Pero el completo sistema de marcaje que aparece en la tapa, en el borde inferior y en la cucharilla, en el estado actual de la cuestión, nos hace retrasarla hasta los primeros años del siglo XIX. Las marcas son tres: la de la ciudad —león rampante hacia su

¹⁶ La naveta sevillana reproducida en J.M. CRUZ V ALDOVINOS, *Cinco siglos de platería sevillana*. Sevilla, 1992, pp. 186-187.

derecha en un óvalo muy pequeño y sin corona –, la del platero –SANZ en un rectángulo– y la del marcador –J corona S–. Tal y como señala Esteba Lorente ¹⁷, en Zaragoza se marcaron las piezas, salvo algunas excepciones como en el caso de Jerónimo de la Mata que estampa su propia marca, sólo con la de la ciudad. En 1742 Felipe V concede unas nuevas « *Ordenanzas Reales... a la Congregación, Colegio y Arte de plateros de la ciudad de Zaragoza...* », que entre otras cosas suponen la obligatoriedad de que los plateros marquen sus piezas –capítulo 20º– y también los marcadores una vez reconocidas las mismas –capítulo 5º–, aunque no siempre se cumplieron.

Estas marcas nos han ofrecido serios problemas que no hemos conseguido resolver de manera satisfactoria. La de ciudad es de sobra conocida. Pero nos ha sido imposible encontrar a algún platero con el apellido Sanz que trabaje en Zaragoza en el periodo cronológico en que fue hecha la naveta. Pero la más problemática es la que suponemos es la del marcador. Esteban Lorente documentó en 1801 la primera pieza en la que aparece una marca que, con pequeñas variantes, se mantendrá a lo largo del siglo XIX. Se trata de una superficie piriforme con un copón en el centro y las letras PC flanqueando su astil, que, probablemente se trate de las iniciales del marcador ya que cambiaron a lo largo del siglo. El propio Esteban Lorente dice que no tiene datos para establecer una cronología total del marcaje a lo largo del siglo XIX, a pesar de que conoce una extensa gama de marcas. En algún momento aparece una columna sustituyendo al copón, pero no conoce la de la corona ni las iniciales JS. Hemos revisado numerosos estudios de otras provincias que importaron piezas de plata y en ninguno aparece esta marca. Así pues nos es imposible fijar una fecha aproximada para la naveta. Quizá en el momento en que se revise la documentación pertinente será posible precisar más.

Las **vinajeras con su salvilla** ¹⁸ tienen las mismas marcas en cada una de las jarras y en la salvilla. Ésta es ovalada con la orilla lisa salvo una acanaladura en el borde y la cruz patriarcal del Santo Sepulcro con los extremos fileteados en el centro. Las vinajeras tienen el pie circular de borde vertical y cuello troncocónico sobre el que apoya el cuerpo principal casi semiesférico en su mitad inferior y más alargado y cóncavo en la mitad superior. La boca y la tapa tienen perfil sinuoso y terminan en un pico saliente. El asa empieza junto a la charnela de la tapa y es curvada. Son también lisas con una cruz patriarcal igual a la de la salvilla como única decoración. Son neoclásicas, aunque el cuerpo principal es más redondeado, como recuerdo barroco.

Esperemos que las tres religiosas que hoy habitan el monasterio y sus sucesoras, si las hubiera, mantengan esta herencia centenaria.

17 J.F. ESTÉBAN LORENTE, ob. cit. T. II, pp. 10-20, capítulo dedicado a «El punzón de la platería zaragozana».

18 10'6 x 4'3 cm. cada jarrita y 24 x 16 cm. la salvilla. Plata en su color, torneadas, bruñidas, grabadas.